Antonio José Valdés y su proyecto de creación de la Sociedad Filantrópico-Literaria de Amigos del País (Buenos Aires, 1815)

SANDRA L. DÍAZ DE ZAPPÍA
INHIDE, Buenos Aires / IFESXVIII, Oviedo

El ámbito hispanoamericano no fue ajeno a la difusión de las Sociedades Económicas de Amigos del País, entre las cuales se cuentan las de Santiago de Cuba, La Habana, Lima, Quito, Nueva Granada, Guatemala, Santafé de Bogotá y Caracas (Arias de Saavedra Alías, 2012: 225; Shafer, 1958). En el caso de Buenos Aires, Francisco Antonio Cabello y Mesa (1786-1824), editor del primer periódico impreso regular de la ciudad, proyectó en 1801 crear la Real Sociedad Universal de la Argentina (Martini, 1998: 200-212; Martini, 1998b: 297-330). En 1815, el cubano Antonio José Valdés —entonces editor de otro periódico porteño— intentó establecer la Sociedad Filantrópico-Literaria de Amigos del País en la ciudad. Considerando las circunstancias personales de Valdés, el contexto histórico del proyecto y la comparación de ambos estatutos se propone examinar si, próxima la declaración de la independencia argentina, el proyecto de Valdés puede considerarse una pervivencia de las ideas que animaban estas Sociedades, o bien constituye una continuación mortecina de un movimiento en decadencia.

El autor: Antonio José Valdés

La figura de Antonio José Valdés ha sido estudiada en detalle (Trelles, 1911: 27; Andrews, 2012: 55-71; González-Ripoll, 2013; Rovirosa, 1980; Goldman, 2002: 165-182; Hernández González, 2012). Baste recordar aquí que, aunque se ha afirmado que era oriundo de La Habana (Cutolo, VII, 1985: 464), Valdés nació en Matanzas (Cuba) en 1780, y aparentemente fue hijo ilegítimo de padres desconocidos. Siendo expósito, fue criado en la casa cuna de esa villa, y habría asistido a una escuela de La Habana. Hacia 1803, obtuvo permiso para abrir un establecimiento educativo en que «además de los principios básicos de matemáticas y español, ofrecía clases

de gramática española, francés y geografía» y «entre 1805 y 1808 la escuela recibió varios premios de la Sociedad Patriótica de Cuba por la calidad de su enseñanza» (Andrews, 2012: 57).¹ Complementariamente a su labor educativa, Valdés publicó en 1806 *Principios generales de la lengua castellana*, que dedicó a «la Real Sociedad Patriótica» sin el consentimiento de la Sociedad (Hernández González, 2012: § 8). Este texto fue la primera gramática publicada en Cuba y sería reeditado más tarde en el Río de la Plata (Trelles, 1911: 27). Poco después se dirigió a Nueva España con el objetivo de abrir allí un colegio. Tras cuatro años de estancia, retornó a La Habana, donde compró una imprenta que denominó «La Cena» y fundó un periódico con el mismo nombre, cuyas páginas daban a conocer sucesos revolucionarios acaecidos en Venezuela, México y el Río de la Plata, despertando sospechas de las autoridades locales.

Entre 1812 y 1814, Valdés publicó en su imprenta un *Tratado de Geografía* —texto que habría sido utilizado en las escuelas (Trelles, 1911: 27)—, un *Cuaderno de aritmética*, su *Historia de la isla de Cuba, en especial de La Habana*, «una traducción propia» del *Contrato Social* de Jean Jacques Rousseau (Spell, 1934: 142) e «imprimió diversos textos relativos a las Cortes de Cádiz, incluyendo la *Representación de la Diputación Americana a las Cortes de España en agosto 1º de 1811* y un tiro de 5000 ejemplares de la Constitución de 1812». Además, editó otra publicación intitulada *La Lancha*, en colaboración con el abogado Juan Justo Jiménez (Andrews, 2012: 58; González-Ripoll, 2013). Sobre este período de su producción intelectual, Valdés afirmaría posteriormente que había vuelto a:

¹ Se han observado diferencias entre los hechos de su vida y la reseña autobiográfica que Valdés publicó en 1826 cuando era director del periódico *El Águila Mexicana* (Rovirosa, 1980: 8): «nací en medio de la miseria, pues mi padre fue un pobre oficial de marina que solo podía disponer de su sueldo escaso e insuficiente. Me procuró sin embargo dar una educación cuidadosa, y con este objeto me hizo cursar las primeras clases, hasta que a mi edad de catorce años murió repentinamente, dejándome por toda herencia, doce o veinte libros, sus uniformes y su espada, hebillas y charreteras doradas. Arrojado así en medio del mundo en tan tierna juventud, un virtuoso fraile, tío mío, me recogió, y cuidó de que continuase mis estudios; pero también murió tres años más adelante. Entré entonces a servir al rey de España, llevado de aquel ardor juvenil que siempre inclina a la milicia; pero tuve la desgracia de ser susceptible a un amor importuno, y me hallé casado, sin recursos de subsistencia. El cielo me había dotado de alguna disposición intelectual y empecé a escribir; pero mis producciones, conciliándome el afecto de muchas personas generosas, no eran de tan naturaleza que bastasen a mi subsistencia. Apenas contaba dieciocho años de edad, abracé el loco proyecto de publicar en medio de un pueblo culto una obra periódica bajo el carácter de enciclopedia crítico-literaria. De consiguiente tuve que recurrir, para mi honesta subsistencia, a enseñar gramática, ortografía, geografía, matemáticas puras, idioma francés y a escribir. Ya se concibe que algunas de estas materias no las sabía muy a fondo; pero las cursé de manera en la instrucción que ministraba, que merecí mil elogios y recompensas del gobierno civil y eclesiástico de La Habana, y que todos conviniesen en que a mí se me debía el sistema de educación de aquel pueblo. [...] En tan lisonjeras circunstancias, viéndome con ochocientos pesos de entrada al mes, pude comprar casa, y tener volantes de todo costo, que es el carruaje que allí se usa» (*Águila Mexicana*, IV, 58, 27-06-1826: 1, <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075bd7d1e63c9fe1a0f3?intPagina=1&tipo=publicacion&anio=1826&mes=06&dia=27>).

[...] ensayar su pluma, con mejor suceso, porque escribí una gramática de la lengua castellana, de que ha hecho repetidas ediciones el librero Palmer a quien se la contraté, un curso de aritmética facultativa, por donde se enseña en varias academias de la isla, varias traducciones de los autores franceses de nota, y otros papeles sueltos. Esto me dio suma estimación entre los habaneros, y muy especialmente la historia de La Habana, única que existe, y varios periódicos políticos que eran en su tiempo las fuentes de las ideas liberales en la isla de Cuba (*Águila Mexicana*, IV, 58, 27-06-1826: 1).

Hacia 1814 partió a España, desde donde marchó a Chile y luego a Buenos Aires, adonde habría llegado entre fines de 1814 y comienzos de 1815. Según Andrews, «es probable que tanto la publicidad dada por Valdés al proyecto gaditano como su empeño en publicar noticias acerca de las revoluciones americanas en *La Cena*, sean indicativos tanto de su oposición al absolutismo como de su adhesión a la causa independentista», aunque advierte que se carece de más información sobre ello (2012: 58).

El doctor Antonio Sáenz, uno de los miembros de la Junta de Observación, encomendó al cabildo de Buenos Aires las diligencias para la publicación de un nuevo periódico. Valdés, quien para entonces ya había construido una relación con el ayuntamiento porteño probablemente gracias a sus contactos chilenos (Goldman, 2002: 173), fue comisionado el 8 de agosto de 1815:

A consecuencia de haber sido invitado este excelentísimo ayuntamiento por la honorable Junta de Observación para el nombramiento de un censor con arreglo al artículo 6º, capítulo segundo, sección séptima del Estatuto,² aunque fuese con cargo de dar un papel cada quince días, acordaron los señores nombrar y nombraron al doctor [*sic*] don Antonio Valdés con la dotación de quinientos pesos anuales, y cargo de dar dos papeles al mes, lo que se le haga saber para su aceptación, tomándose razón por la conta[du]ría (Archivo General de la Nación, serie IV, t. VI, 1929: 553).

En el acuerdo de 11 de agosto siguiente, Valdés se presentó en la sala capitular, agradeció y aceptó el nombramiento, prometiendo desempeñarlo «en el mejor modo posible con arreglo al Estatuto». Como solicitó el anticipo de «alguna cantidad por cuenta de su sueldo, para auxiliarse, y poner manos a la obra», el cabildo acordó que, «previa liquidación de la contaduría de lo que le corresponde en el resto de este año desde el día de su nombramiento, se le entregue por la tesorería con las

² Se trata del «Estatuto provisional para la dirección y administración del Estado formado por la Junta de Observación nuevamente establecida en Buenos Aires, a 5 de mayo de 1815». La norma citada —sección séptima, capítulo segundo, artículo sexto— disponía: «se establecerá un periódico encargado a un sujeto de instrucción y talento, pagado por el cabildo, el que en todas las semanas dará al público un pliego o más, con el título de *Censor*. Su objeto principal será reflexionar sobre todos los procedimientos y operaciones injustas de los funcionarios públicos y abusos del país, ilustrando a los pueblos en sus derechos y verdaderos intereses» (*Registro oficial*, I, 1879: 321). Bastardilla en el original.

formalidades de estilo» (Archivo General de la Nación, serie IV, t. VI, 1929: 556). *El Censor* comenzó a publicarse el 15 de agosto de 1815, editado por la imprenta de Gandarillas, bajo la dirección de Valdés. El 29 de enero de 1817 Valdés presentó su renuncia al cabildo por la necesidad de «ausentarse de esta capital», que fue admitida en el acuerdo de 4 de febrero siguiente (Archivo General de la Nación, serie IV, t. VII, 1930: 458).

Contemporáneamente a *El Censor*, Valdés editó por la misma imprenta otro periódico titulado *La Prensa Argentina*, cuyo primer número apareció el 12 de septiembre de 1815. Vicente Cutolo señaló que entre ambos periódicos se entabló «una singular comedia». En *La Prensa Argentina*, Valdés conservó el anónimo y expresó sus propias ideas, «sin cortapisas ni sugerencias “de arriba”. Por eso se llama a sí mismo, calificando al director de *El Censor*, atrevido, pedante, engreído» (VII, 1985: 464). Aunque estos supuestos debates daban oportunidad de criticar con más libertad a las autoridades (Goldman, 2002: 174), este artificio podría no haber sido suficiente sin disfrutar de una posición privilegiada gracias a la protección del cabildo de Buenos Aires. De hecho, sus funciones habían sido establecidas en el Estatuto de 1815 y tras reacciones negativas a las publicaciones de Valdés, el 16 de julio de 1816 la Junta de Observación decretó las «inmunidades del redactor de *El Censor*».³

A comienzos de 1817, el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón le encargó una misión diplomática en Europa. Como individuo «acredor de mi estimación por sus servicios recomendables a este país», fue comisionado para llevar ante los emperadores de Alemania y Rusia pliegos oficiales y cartas personales, adelantándose —a su pedido— una suma de dinero para cubrir los gastos que demandara la comisión (*Comisión*, II, 1933-1936: 327 y 332-333). El padre Camilo Henríquez reemplazó a Valdés en la dirección de *El Censor* (*Gaceta de Buenos Aires*, V, n.

³ «Comunicación de la Honorable Junta Observadora a la Excelentísima Comisión Gubernativa. Excelentísimo Señor. Con fecha 3 del presente mes de julio se pasó al Excelentísimo Señor Director interino del Estado el oficio que sigue: “Impuesta esta Junta de una representación que le ha dirigido el doctor [sic] don Antonio Valdés, ha tenido por conveniente celebrar el siguiente acuerdo: -Buenos Aires, julio 2 de 1816.- Vista la exposición que hace el doctor [sic] don Antonio Valdés, encargado del periódico titulado el ‘Censor’ en representación a esta Junta de 30 del próximo pasado junio, y convencida de la necesidad y utilidad del buen desempeño del ‘Censor’ en las críticas circunstancias, ha creído necesario acordar que la persona del ‘Censor’ se tenga por inviolable, que en caso de delinquir en sus juicios políticos o censuras particulares, o debiendo ser juzgado por algún acto sucedido en defensa de su seguridad lo sea exclusivamente por una comisión nombrada por el excelentísimo cabildo, compuesta de individuos que no sean del ayuntamiento, y cualquiera agresión contra la persona y seguridad del referido ‘Censor’ sea tenida por gravemente criminal, y el agresor juzgado por los mismos trámites que si hubiese atentado contra algún individuo de la Junta de Observación. Todo con la calidad de elevarlo a la soberana aprobación del Congreso; no debiendo ser este un obstáculo para que este decreto no tenga entretanto toda su fuerza, pesada la conveniencia que de su acuerdo se origina: a cuyo fin se pasará al conocimiento del excelentísimo cabildo y excelentísimo Director del Estado, quien se servirá ordenar se publique en la ‘Gazeta Ministerial’, para inteligencia del público, y que por el departamento correspondiente se avise oficialmente a los magistrados de esta capital”. -Lo que esta Junta comunica a vuestra excelencia para los fines que en el referido se expresa. [...] Buenos Aires, 16 de julio de 1816» (*Registro oficial*, I, 1879: 369).

extraordinario, 18-02-1817: 42). Una vez llegado a Alemania, difundió en un diario de Bremen —aparecido el 29 de mayo de 1817— que se dirigía «como diputado de Buenos Aires de paso para Viena, encargado de ofrecer el reino de Buenos Aires a un príncipe austríaco». Esta información circuló también en París, ciudad en la que Valdés se presentó ante la embajada española. Bernardino Rivadavia, quien a su vez se encontraba en España en misión diplomática, no conocía personalmente a Valdés e ignoraba las instrucciones de éste, por lo que no solo lo creyó un impostor sino que lo acusó de ser el autor de unos panfletos que habían sido distribuidos por la embajada española (*Comisión*, I, 1933-1936: 231-233 y 280-282). En función de la denuncia de Rivadavia, las autoridades porteñas comunicaron el 31 de julio de 1818:

Ha recibido el gobierno la última producción que vuestra merced incluye del ingrato y traidor Valdés; y queda enterado de las inicuas tramas de este impostor [...] a que quizá ha dado margen nuestra sinceridad, y el lugar que sin merecerlo, se le dio. Esto nos obliga a ser más cautos. Y si vuestra merced en atacar a ese hombre perverso ha procedido como buen americano y representante de este gobierno, no debe perder ocasión de hacerle sentir todo el peso de indignación que contra sí ha concitado con su perversidad y felonía (*Comisión*, I, 1933-1936: 298).

Con la abolición del Directorio y —tras la anarquía de 1820— Rivadavia fue designado ministro de gobierno de la Provincia de Buenos Aires. En ese contexto, se entiende que Valdés no regresara al Río de la Plata y optara por México como su siguiente destino, adonde arribó hacia 1821. Allí desplegaría una nutrida actuación política y varias empresas periodísticas, entre las que se cuentan el *Diario redactor de México*, *El Iris de Jalisco* y el *Águila Mexicana*. Valdés falleció en la capital mexicana el 6 de julio de 1833 (Andrews, 2012: 59; Hernández González, 2012: §16 y sigs.; Roviroso, 1980: 179).

La Sociedad Filantrópico-Literaria de Amigos del País

No era ajeno a Valdés el accionar de las Sociedades Económicas de Amigos del País. La de La Habana había obtenido autorización por Real Cédula de 15 de noviembre de 1792, y celebró su primera junta el 9 de enero de 1793 (*Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, 1793: 6). Como era costumbre, la Sociedad estaba vinculada a un periódico, el *Papel periódico de La Habana* —publicado desde 1790—: su fundador, Luis de las Casas, con Tomás Romay y Diego de la Bandera, fue también «el primero de sus redactores», y tras erigirse la Sociedad Patriótica, dejó a Bandera la dirección del periódico (Roig de Leuchsenring, 1941: 19). El *Papel periódico*

quedó entonces a cargo de la Sociedad, actuando algunos de sus miembros como redactores (Llaverías, 1923: 30; Quinziano, 1999: 425 y 432; Gay-Calbó, 1941: 50-54).

Durante su tiempo en La Habana, Valdés habría tenido relación tanto con el periódico como con la Sociedad, e incluso habría sido uno de los colaboradores del *Papel periódico* (González-Ripoll, 2013). En lo que tiene que ver con la Sociedad, *El Aviso* —continuador del *Papel periódico* desde 1805— publicó el 7 de abril de 1808 que los alumnos de su escuela habían participado de un certamen organizado por la Sociedad, en el que se premiaba al maestro que más niños pobres había educado y a los alumnos que hubieran tenido una intervención sobresaliente. Valdés no recibió premio, pero uno de sus alumnos, José María Estrada, obtuvo una de las cuatro medallas de oro con las que se galardonó a los «sobresalientes entre todos los presentados» (*Anales y memorias de la Real Junta de Fomento y de la Real Sociedad Económica*, IV-5, 1860: 174-176).

Si a estos datos se suma el conocimiento que había obtenido —como se vio— en la dirección de su propio periódico en la isla, no parece infundado afirmar que Valdés contaba con el *background* propicio para lanzarse, ahora como editor de *El Censor*, a proponer la fundación de una Sociedad patriótica en Buenos Aires.

La iniciativa de establecer una Sociedad tampoco era nueva en la ciudad. Francisco Antonio Cabello y Mesa había procurado entre 1801 y 1802 el establecimiento de la Sociedad Patriótica de Buenos Aires. La idea recibió una fría acogida por parte de las autoridades y en apariencia, no llegó a organizarse formalmente, limitándose «a lo sumo, a la reunión informal de quienes, de un modo u otro, se nuclearon» alrededor de Cabello y Mesa con el fin de colaborar en las páginas del *Telégrafo mercantil* que aquél dirigía (Martini, 1998b: 301-302).

El entusiasmo por estas Sociedades no animaba solamente a Valdés. En junio de 1815 el presbítero Camilo Henríquez (1769-1825), su futuro reemplazante al frente de *El Censor*, publicó un ensayo sobre la educación en un periódico cuya dirección tenía a su cargo, en el que consideró que «son muy palpables los saludables y ventajosos efectos de las asociaciones benéficas, donde quiera que se hayan establecido». Afirmó también que Inglaterra llevaba entonces la delantera en el número de asociaciones organizadas y, tras dar un panorama de la cantidad de niños que habían sido educados bajo su amparo, que «el honor de semejantes instituciones para tan divinos fines es enteramente privativo de los tiempos modernos, y da una alta idea de la filantropía y civilización de un país» (*Observaciones acerca de algunos asuntos útiles*, 2-06-1815: 17).

Según declaró el propio Valdés en *El Censor*, el padre Francisco de Paula Castañeda (1776-1832) le dio el empujón definitivo para concebir la iniciativa. La enseñanza fue una de las pasiones del franciscano (Auza, 2001: 15), quien el 1° de noviembre de

1815 dirigió al «señor Censor» una carta, que Valdés publicó en su periódico paralelo, *La Prensa Argentina*. En la misiva, Castañeda llamaba la atención «sobre la necesidad extrema de educación en que nos hallamos» y comentó —fiel a su estilo jocoso—:

[...] días ha, señor Censor, que tenía yo muy adelantado el gran proyecto de convertir la santa congregación del alumbrado en una sociedad filantrópica, que sin dejar de promover el culto continuo del Santísimo Sacramento, se empeñase también en ilustrar a los pueblos erigiendo, y dotando escuelas en todos los puntos de nuestra jurisdicción donde hubieren sagrarios.

La parodia de reclamo decía que el cabildo habría celebrado la idea, pero Valdés «cuyo voto venero como el de un literato más instruido y más experimentado que yo» se había opuesto expresando que «mejor sería fundar una sociedad, que no tuviese más sacramentos que la educación, pues no era regular distraer a los congregantes, cuyo instituto es de pura contemplación». Castañeda terminó su carta señalándole: «y bien amigo, yo veo que pasan días y más días sin que usted ponga en plan su proyecto» (*La Prensa Argentina*, 9, 7-11-1815: 54-55). Dos días después de publicada la carta de Castañeda, Valdés afirmó desde las páginas de *El Censor* haber sido «estimulado [por] la oficiosidad infatigable del reverendo padre Castañeda, que convencido de la suma importancia de la educación pública, se empeña eficazmente en su fomento». Según Valdés, «por experiencia», «una sociedad de amigos del país, tal cual la describiré, es el establecimiento más a propósito para propender a tan benéficas ideas, y es la obra más digna del amparo de un gobierno ilustrado y paternal». A su juicio, esa institución tendría la «inestimable ventaja» de tener como «único objeto el fomento de la educación, artes, agricultura y beneficencia pública». Advirtiendo que sería «muy sensible que el gobierno se desentendiese de un establecimiento que a todas luces produce bienes infinitos», subrayó que un fuerte auspicio del Director Supremo ratificaría «la idea de que nuestro jefe es en efecto padre de la patria» (12, 9-11-1815: 6571). Casi contemporáneamente a la propuesta de Valdés, el español Felipe Senillosa (1790-1858), entonces editor de otro periódico porteño, *Los amigos de la patria y de la juventud*, publicó una serie de reflexiones sobre la utilidad de una sociedad filantrópico-literaria local. En su opinión,

[...] basta echar una ojeada al objeto que debe constituirla para satisfacer a esta pregunta. Un conjunto o reunión de personas hábiles cuya ocupación principal ha de consistir en promover la industria, hacer florecer la agricultura y cultivar las artes, no puede menos de traer consigo un buen resultado, y sus socios el de merecer con razón el justo título de amantes de este suelo. [...] Así conviene sobre manera [...] que haya una sociedad formada de los hombres amantes de la ilustración y que traten de propagar las luces y ser útiles al país (2, 15-12-1815: 31-33).

El 9 de noviembre de 1815 Valdés publicó en *El Censor* lo que podría considerarse un primer borrador de los estatutos de la Sociedad, que propuso denominar Sociedad filantrópico-literaria de amigos del país, aunque sin brindar fundamento preciso para tal denominación (12, 9-11-1815: 6572). Al respecto, es interesante recordar que Cabello y Mesa, evitando usar la expresión usual de «amigos del país», había llamado a la suya Real Sociedad Universal de la Argentina (Martini, 1998b: 303), por lo que si Valdés conoció ese antecedente local, prefirió el ejemplo de su lugar de origen, la «Real Sociedad Patriótica de Amigos de la Ciudad de La Habana» (*Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, 1793: 190).

La nomenclatura propuesta por Valdés fue criticada por Senillosa. Al ocuparse de la inserción de cuestiones gramaticales en la prensa porteña posterior a la Revolución de Mayo, Elvira Narvaja de Arnoux señaló que tanto Valdés como Senillosa se destacaron también como gramáticos e incluyeron la temática gramatical en las páginas de sus periódicos, y sus obras son conocidas por ser algunos de los primeros textos escolares utilizados.⁴ Mientras Senillosa se dedicó a polemizar con la Real Academia Española, Valdés reconoció la autoridad de la corporación peninsular (2011: 200). Es en este marco que se entienden las consideraciones que uno y otro hicieron sobre la expresión «amigos del país». En efecto, Senillosa incluyó una «nota gramatical» sobre la expresión «amigo o amante de la patria»:

Los amigos del país sería una expresión incorrecta. La palabra *amigo*, siempre que está usada como nombre sustantivo, no puede decirse sino con relación a una persona o cosa personificada. Así, aunque podamos decir *los amigos del pueblo, de la nación, de la patria*, sería un error decir *los amigos de este suelo, los amantes de su tierra, los amantes del país*, pues *suelo, tierra y país* son cosas inanimadas.

En apoyo de su crítica, Senillosa transcribió

[...] cómo habla Iriarte con respecto a la sociedad filantrópica de Madrid que tiene el título de *los amigos del país*. La sociedad matritense. / Económica de amigos/ Del país, nombre amasado/ De francés y vizcaíno, / Que traducido fielmente/ Y a juicio de los peritos/ Suena *amantes de la patria*/ En nuestro idioma castizo. / La célebre sociedad/ Económica, repito, / Que economiza los premios/ Por alambique escurridos,/ Mantened de limosnas/ Cual fraile de S. Francisco/ Y que estando ella desnuda/ A todos quiere vestirnos (*Los amigos de la patria y de la juventud*, 2, 15-12-1815: 31-33).

⁴ En 1817, Valdés reeditó la obra que había publicado en La Habana, ahora bajo el título de *Gramática y Ortografía de la Lengua Nacional*. En ese mismo año, Senillosa publicó *Gramática Española, o Principios de la Gramática General aplicados a la Lengua Castellana* (Narvaja de Arnoux, 2011: 189-216).

En el número de *El Censor* aparecido el 21 de diciembre de 1815, Valdés contestó que

[...] en cuanto al título de *amigos del país*, es pura cuestión de nombre, por más que diga Iriarte. El uso constante es la regla suprema del lenguaje, y casi todas las Sociedades patrióticas tienen el aditamento de *amigos del país*; y ellos lo son en efecto siendo así, que le fomentan física y moralmente. Las Sociedades patrióticas de amigos del país ilustran el espíritu, remedian la indigencia, cultivan la tierra por medio de premios a los agricultores, construyen puentes, abren caminos, etcétera, etcétera (18, 21-12-1815: 6612).

En referencia a los objetivos previstos para la Sociedad, el proyecto de Cabello y Mesa se concentraba en el adelantamiento de tres ramos principales —la agricultura, el comercio y las artes—, a los que se sumaba el aspecto educativo (Martini, 1998b: 309-310). De manera similar, la iniciativa de Valdés proponía como «su único objeto el fomento de la educación, artes, agricultura y beneficencia pública», aunque reconocía tener «por objeto privilegiado el fomento de la educación» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6571 y 6573).

Tanto el proyecto de Cabello y Mesa como el de Valdés contemplaban diferentes clases de socios. Para el primero, la Sociedad distinguía entre socios «constituyentes» —entendido como tal «a todo individuo apto que se haya alistado o lo haga en el futuro, sea nacional o extranjero, domiciliado “dentro del virreinato de Buenos Aires” o en cualquier otro “país de los Reinos y Señoríos de España”—, «honorarios» —incluyendo «a todos aquellos que por su autoridad o alto empleo puedan contribuir al progreso del cuerpo, o a quienes por su edad “u otros justos motivos” no puedan continuar sirviendo en la otra clase—, «profesores» —entre los que se comprendían «todos los que posean alguna de las artes útiles» relacionadas con los fines de la Sociedad—, «caballeritos alumnos» —que eventualmente, pasarían a ser socios constituyentes— y «corresponsales», categoría esta última que comprendería a los extranjeros «domiciliados o no» en los dominios españoles «que remitieran sus discursos a Buenos Aires a través del fiscal en lo civil quien se encargaría de examinarlos y, no encontrando en ellos cosa contraria a la religión, de pasarlos a la Sociedad» (Martini, 1998: 206; Martini, 1998b: 307-308). El borrador de Valdés contemplaba, en cambio, solo dos clases de socios: los «natos», entre los que se encontrarían el Director Supremo —en calidad de presidente de la Sociedad—, «la primera autoridad eclesiástica, el señor gobernador intendente, el alcalde primer nombrado [*sic*], el prior del consulado, el proto-médico, el deán de la santa iglesia, el cura más antiguo y los cuatro preladados regulares»; y los «numerarios», comprendidos en esta segunda clase «los demás individuos del cuerpo» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6572-6573). En cuanto a las contribuciones anuales de los socios, mientras los

estatutos de la de Cabello y Mesa no incluyen ninguna especificación al respecto (Martini, 1998b: 308), Valdés aclaró que los socios natos quedaban «exentos de la contribución filantrópica» y podrían «contribuir a los fines de la Sociedad con su inmediato influjo y auxilios de otra naturaleza que gusten exhibir, sin en algún caso fuere de su agrado». Para los numerarios, la contribución anual sería fijada en «la corta cantidad de doce pesos anticipados», de manera tal que de tener «trescientos socios» la Sociedad «contará con 3600 pesos anuales» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6573).

Además de los socios, la Sociedad necesitaba autoridades y empleados para el orden y funcionamiento del cuerpo. Si bien Cabello y Mesa no hizo referencia a ellos en sus estatutos, Martini infiere a partir del expediente elevado a la Corte que la nómina de oficiales incluiría un director, un vicedirector, dos censores, dos censores sustitutos, un secretario, un secretario sustituto, un contador, un tesorero, un archivero y porteros (1998b: 316).⁵ En el proyecto de Valdés, el presidente nato de la Sociedad sería el Director Supremo «o la autoridad suprema que lo subroge» o «se repunte la primera autoridad» del Estado (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6573-6574). Valdés adujo como fundamento un «conjunto de consideraciones de política, urbanidad y conveniencia». Aunque «demasiado triviales para ser explicadas», decidió enumerar algunas para disipar «la duda que pueda haber» al respecto:

Siendo una autoridad semejante el presidente nato, resulta más esplendor a la Sociedad, y este motivo es un incentivo poderoso para que quieran incorporarse muchos que no lo pensarían sin esta circunstancia; se evitan los celos justos o injustos que pueda ocasionar al gobierno una reunión tan numerosa de hombres ricos e ilustrados; las determinaciones de la Sociedad aparecen más autorizadas con la precisa sanción del primer magistrado; se consigue la gran ventaja de que el gobierno se interese en el fomento de la misma Sociedad; el establecimiento del cuerpo patriótico se consigue con mayor empeño y prontitud, como vemos que lo activa nuestro presente Director; se cumple con la urbanidad de ofrecer el lugar precedente al jefe de la comunidad, etc. etc. [...] Creo que nadie dudará de las expresadas ventajas, y he sentido solamente esto, porque estas cosas y otras, son las que suelen ofender la delicadeza de los jefes, y entorpecer las cosas más interesantes (*El Censor*, 18, 21-12-1815: 6611-6612).

Asimismo, la Sociedad contaría con otras autoridades —denominadas «ministros»— que cambiarían al final de cada año: un director, un subdirector, un secretario, un prosecretario, un censor, un contador, un tesorero y un redactor, «todos ellos escogidos electivamente de entre los individuos más beneméritos del cuerpo» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6573-6574). Comparadas ambas plantillas, la reducción

⁵ Sobre el nombramiento de archiveros en el Río de la Plata, v. Díaz de Zappia, 2021: 60-96.

del número de autoridades para ciertas funciones y la eliminación de otras como el archivero hacían más modesta la propuesta de Valdés, a la vez que introducía dos novedades importantes como la duración en el cargo y —aunque sin mayores detalles salvo el caso de que el redactor «siempre deberá ser sujeto literato»— los requisitos para ser designados. A estas novedades se suman otros dos aspectos: la especificación de las funciones de cada uno de dichos cargos y el carácter *ad honorem* de su ejercicio. En lo que atañe a las primeras, Valdés explicó que:

[...] los oficios de dichos ministros parece que deberán ser como sigue: el director presidirá, cuando no asista el presidente; y cuidará de todo el orden interior de la Sociedad, cuyas deliberaciones deberán llevar la inevitable aprobación de este ministro. El subdirector hará sus veces en los casos de ausencia o enfermedad. El secretario cuidará de extender las actas, recibir y leer las memorias que se presenten, y de cuanto sea relativo a sus funciones. El censor presentará la censura de cuanto delibere el cuerpo, para que leída por el secretario, se tome en consideración de la junta, y se suspenda, se reforme, o se lleve a efecto con el preciso cúmplase del presidente. Los oficios de contador y tesorero están bien indicados; aunque no está de más añadir que los fondos de la Sociedad se deben mirar como sagrados, no distrayéndolos a otros fines que los de su instituto. El redactor [...] publicará al principio de cada mes un cuaderno, con los extractos de los discursos, pensamientos, resoluciones, censuras y demás documentos interesantes que emanen de la Sociedad, añadiendo sus observaciones (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6574).⁶

Con respecto a la remuneración de estas autoridades, Valdés aclaró que dado que se trataba de oficios «puramente honoríficos» serían «servidos gratuitamente por sus individuos». Adicionalmente, el proyecto de Valdés preveía el empleo de dos porteros, que tendrían a su cargo «los muebles y el servicio inferior de las juntas ordinarias y generales», con «sueldos proporcionados» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6574).

Sobre la dinámica de las reuniones, Cabello y Mesa no había dado detalle de las juntas públicas que celebraría la Sociedad, con excepción del aparatoso ceremonial que diseñó para el aniversario de la llegada al trono de Carlos IV y el eventual establecimiento de juntas agregadas en las capitales de las Intendencias, que observarían los estatutos de la Sociedad matriz y elegirían sus propias autoridades (Martini, 1998b: 311-314). Valdés fue más explícito en este punto: a su criterio, la Sociedad debería celebrar dos sesiones por semana, «en las horas de ocho a diez, y en dos noches francas y determinadas; a las que asistirán los individuos que gusten, a fin

⁶ En una intervención posterior, Valdés expresó que «por lo que mira a la falta de asistencia que pueda ocasionar la ocupación» del presidente nato, «nada debe influir en el empeño y tareas de la Sociedad, cuando es claro que el jefe económico del cuerpo, o que tiene todo el trabajo y continua atención es el director, que será presidente en las faltas de asistencia del primer magistrado» (*El Censor*, 18, 21-12-1815: 6611).

de promover el adelanto del país por todos los medios imaginables». A ello agregó que «la Sociedad celebrará sus sesiones a puerta abierta», y en contradicción a lo afirmado, «con entrada y asiento sólo para los socios». Las sesiones tendrían lugar «en el fuerte, casa consistorial o consulado» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6573 y 6574).

Ni los estatutos de la Sociedad Universal ni el proyecto de Valdés mencionan la conformación de una librería, aunque en el caso de la primera, Martini infiere que Cabello y Mesa planeaba establecerla. Otro tanto ocurre con la institución de eventuales premios que Cabello y Mesa pudo haber considerado incluir entre las actividades de la Sociedad (1998b: 317). En el caso del proyecto de Valdés, surge claramente que la inspiración llegó de su propia experiencia en Cuba, cuando tanto él como sus alumnos participaron —como se vio— de certámenes análogos. En consonancia con el objetivo «privilegiado» de fomentar la educación pública, Valdés consideró el otorgamiento de premios

[...] para preceptores públicos que presenten en tiempos señalados al examen de la Sociedad, un número proporcionado de alumnos, instruidos en los principios del catolicismo, arte de escribir, gramática general aplicada al castellano, ortografía, aritmética en su propia acepción, esto es, las cuatro reglas fundamentales con sus fracciones, operaciones por complejos, cálculo decimal, elevación de potencias, extracción de raíces, razones y proporciones; geometría elemental, geografía y lenguas; designando, al mismo tiempo que al preceptor, premios a los discípulos sobresalientes, que consistirán en libros análogos a sus estudios, cartas geográficas, medallas de honor con las armas de la Sociedad, elogios en papeles públicos, recomendaciones en el curso de sus estudios o carreras, etcétera.

Y para alentar a los preceptores a participar en el concurso, Valdés preveía solicitar a las autoridades la remoción de los preceptores que «por escasez de suficiencia, desidia o cualquier otro motivo tachable» se negaran a participar, pues en su opinión ello dejaría «el lugar y utilidad a los activos e instruidos». Además, contemplaba premios a aquellos que a criterio de la Sociedad acreditaran «progresos en la agricultura, a los que presenten máquinas e inventos útiles, a los que mejor desempeñen actos científicos y literarios, y a cuantos la Sociedad juzgue dignos de su munificencia por sus servicios al Estado» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6573).

Valdés pensaba aplicar los fondos de la Sociedad al fomento de la educación pública. Mientras que Cabello y Mesa había propuesto que la Sociedad Universal velara por el establecimiento de «escuelas gratuitas» donde se enseñara a «leer, escribir y contar», las lenguas inglesa y francesa, la geografía y la historia (Martini, 1998b: 314), Valdés imaginó que la Sociedad patriótica debía concentrar sus esfuerzos en el urgente establecimiento de una «escuela central de la Sociedad». Esa escuela sería «gratuita y exclusivamente para los hijos de los socios, o bien para los

parientes más inmediatos de los que no tengan hijos; cuyo establecimiento puede fundarse en piezas cómodas de un convento, o de un edificio público, con maestros hábiles dotados por la Sociedad» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6573).

Valdés concibió además la fundación de un hospicio. Los estatutos de la Sociedad planeada por Cabello y Mesa no dicen nada semejante. En este punto, Valdés parece haber echado mano de su trayectoria cubana y citando la «eficacia activa» del teniente general de la isla Luis de las Casas y la generosidad del arzobispo Luis de Peñalver, propuso que si la Sociedad porteña lograra «una marcha feliz y una noble emulación en sus afanes» podría considerar la fundación de un hospicio «de huérfanas educandas» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6573).⁷

Convencido «de los bienes que han producido en otras partes las Sociedades patrióticas» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6574), Valdés imaginaba una convocatoria abierta:

[los] individuos de esta capital deben prestarse espontáneamente al fomento y fines laudables de tal establecimiento; y esto sin distinción de clases, ni profesiones; sin excepción de ricos ni de pobres; de magistrados, eclesiásticos y empleados de todo género; de sabios, de hombres de medianas luces, y aun de indiferentes; pues todos concurrirán con su influjo proporcionado al grande objeto de la común utilidad.

En ese entendido, la Sociedad sería capaz de «reunir los talentos y corazones benéficos, que con este motivo encuentran la ocasión de ejercer sus facultades en obsequio de las ciencias y las artes y consuelo de la humanidad», y que sin el lugar propicio para desarrollar sus capacidades, «permanecerían en el recinto de sus moradas multitud de genios virtuosos que por falta de oportunidad no se dan a conocer, privándose la república de las utilidades que puede deducir de sus virtudes individuales». Asimismo, expresó que, «para que lo enunciado no quede solo en proyecto», era indispensable que el Director Supremo del Estado indicara fecha y horario para la primera reunión de la Sociedad, convocando a los «vecinos más conocidos y circunstanciados, que juzgue a propósito para fundadores, dirigiéndoles esquelas invitatorias [*sic*]». Esa reunión inicial tendría por objeto «únicamente abrir la proposición del establecimiento» (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6572).

El 18 de noviembre de 1815, la *Gaceta de Buenos Aires* anunció que se estaba trabajando «con la mayor eficacia sobre el proyecto de una Sociedad filantrópica que el celo patriótico ha inspirado a nuestro estimable y juicioso Censor» (IV, 30, 18-11-1815: 408). El 9 de diciembre el mismo periódico hizo pública la próxima convocatoria para la apertura de la Sociedad:

⁷ Sobre el hospicio erigido en Cuba, v. *Memorias de la Sociedad Patriótica*, 1793: 45 y sigs.; Valdés, I, 1813: 201-203.

Dentro de muy pocos días convidará el señor Director a 300 ciudadanos para la apertura de la Sociedad Filantrópica de esta capital, que deberá hacerse en el salón más espacioso de la fortaleza sin etiqueta, ni otra pompa que la de una lucida concurrencia. Los sujetos convidados así eclesiásticos, como militares y paisanos ni son todos los que debieran ser si hubiese más capacidad de reunirlos, ni precisamente los más distinguidos o por su rango, o por sus virtudes. Se avisa así porque si se omitiesen algunas personas de mérito que no [se] hayan tenido presentes al formar la lista, no se lo consideren como ofensa. Pedaretes, lacedemonio, no habiendo conseguido que lo recibieran en el número de los 300 que componían el senado de Esparta, se retiró dando gracias a los dioses porque su patria tenía 300 ciudadanos que valían más que él (IV, 33, 9-12-1815: 424).⁸

Las esquelas de invitación impresas fueron distribuidas tres días antes del acto de apertura de la Sociedad, el cual se realizó el 21 de diciembre a las cinco y media de la tarde, en una sala de la sede del gobierno. La crónica del evento ocupó tres páginas de un número de la *Gaceta de Buenos Aires* (IV, 36, 30-12-1815: 439-441) y, según se informó, el Director Supremo había convocado a 300 ciudadanos «nacionales y extranjeros respetables por sus oficios, por sus luces, por su estado, y por el bien que ellos pueden hacer auxiliando con sus fondos una empresa tan noble». El número de asistentes fue mayor, pues «se ocuparon todos los asientos sin etiqueta» y «la puerta principal de la sala y las que corresponden a las galerías de la misma se hacían impenetrables por el resto de los distinguidos espectadores». La crónica puso el acento en la universalidad de los asistentes, ya que eclesiásticos, magistrados, militares y «paisano[s] todos confundidos ofrecían la idea más sublime de esa igualdad que no se acierta a definir, pero que vemos practicada sin estudio y sin regla cuando es la patria sola el objeto de nuestros cuidados, de nuestras tareas y de nuestros sacrificios». El acto comenzó con un discurso pronunciado por el Director Supremo interino, Ignacio Álvarez Thomas:

Yo me he visto invitado, respetables ciudadanos, por los papeles públicos a promover el establecimiento de una Sociedad Filantrópica, y como los objetos a que se consagra son de suyo tan nobles, puedo decir que jamás he desempeñado una obligación con tanto gusto. Pero los medios que yo puede [sic] emplear a aquel fin consisten exclusivamente en el empeño que quieran mostrar los buenos ciudadanos para dejarme airoso, y si es lícito sacrificar la modestia a la felicidad de la patria, me atrevo a asegurar que tengo derecho a exigir de mis compatriotas esta prueba de su gratitud a mis buenos deseos, a mis incesantes tareas, y a la resolución en que estoy de sacrificarme por su dicha. Tal

⁸ La anécdota de Pedaretes había aparecido en el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en España* (186, 22-06-1789: 188, <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003928634&search=&lang=en>), periódico que circuló en el Río de la Plata (Maggio-Ramírez, 2020: 16).

es el objeto de esta reunión que yo recibo como una demostración anticipada de lo que tengo que esperar de vuestras luces y distinguido celo en servicio de la patria.

Álvarez Thomas aprovechó su intervención para reiterar los objetivos que animaban a la Sociedad y recordó los avances que en el pasado se habían conseguido gracias a la acción de estas instituciones:

Educar nuestra juventud, fomentar la agricultura, la industria y el comercio, estas fuentes de la pública prosperidad y de las virtudes, ¿qué cosa puede haber más digna de nuestros cuidados? Por lo que hace al medio que se pretende emplear para conseguirlo, conviene a saber, la creación de una Sociedad que con sus talentos, su eficacia y sus fondos atienda a tan importantes objetos, basta recordar los progresos que en toda línea han hecho los establecimientos de este género.

En virtud de ello, alentó al público a ayudar a conformar la Sociedad proyectada, aun cuando la situación política no se presentara alentadora:

Se nos ha venido la ocasión a las manos de llenarnos de gloria y de conciliarlos le [*sic*] respeto y la admiración de todas las naciones sin hacer grandes sacrificios: que un proyecto tan benéfico y desinteresado, concebido entre el ruido de las armas y en medio de los riesgos nos hará más dignos de una libertad, fruto de nuestra constancia, y cuya influencia sabemos aprovechar para hacer muchas generaciones felices.

Álvarez Thomas terminó su intervención con el compromiso personal de ser «compañero de vuestros trabajos académicos hasta donde alcanzare mi poder y que emplearé todo el de mi autoridad en promover los adelantamientos del instituto premiando dignamente a los socios que más llegaren a señalarse en sus tareas». Al discurso del Director Supremo siguió la intervención del vocal decano de la Cámara de Apelaciones, el doctor Manuel Antonio de Castro quien, después de agradecer a Álvarez Thomas sus buenos auspicios, urgió a «dar desde ahora principio a nuestras tareas, imponiéndonos de las bases que han de servir de fundamento al instituto filantrópico». Acto seguido, se leyeron «los apuntamientos que había presentado el ciudadano Censor para el establecimiento de la Sociedad, y que con estudio no quiso formalizar por dejar a los socios en mayor libertad de dictarse las leyes a que ellos mismos quisieren sujetarse» (*Gaceta de Buenos Aires*, IV, 36, 30-12-1815: 439-440).

En su proyecto, Valdés había indicado que la primera tarea de la Sociedad debería ser «la formación de un estatuto para su régimen general» en el que se establecieran su objeto, las obligaciones de sus autoridades, el proceso de admisión de los socios, «las cualidades que deban adornar a los extranjeros y naturales que se juz-

guen acreedores a que se les expidan títulos de socios de honor» y demás cuestiones pertinentes a su organización (*El Censor*, 12, 9-11-1815: 6574). Tras la intervención de Castro, se discutió quiénes deberían redactar el «estatuto o reglamento» de la Sociedad, resolviéndose de manera unánime que «los socios natos indicados en las bases» presentadas por Valdés nombrarían a los encargados de la formulación estatutaria. Al día siguiente, estos socios «natos» volvieron a reunirse en la misma sala de la fortaleza y designaron para la tarea a Gregorio Funes, deán de Córdoba; Manuel Antonio de Castro, vocal decano de la Cámara de Apelaciones; y Julián Segundo de Agüero, primer cura rector del Sagrario. El propio Valdés actuaría como secretario. Una vez redactado, el reglamento debería ser sometido «al examen y aprobación del mismo cuerpo académico», es decir, de los socios natos (*Gaceta de Buenos Aires*, IV, 36, 30-12-1815: 440).

La situación parecía favorable: la *Gaceta* elogió el celo del padre Castañeda y la diligencia y eficacia de Valdés para promover el establecimiento de la Sociedad, a la vez que encomió la generosidad del Director Supremo en apoyo del proyecto. Señalando que otras Sociedades no habían prosperado y las causas de su fracaso, manifestó la esperanza de que este nuevo proyecto tuviera un mejor desenlace. A su juicio, el ejemplo del Director Supremo

[...] ha provocado la imitación y la confianza de los que escarmentados oían con susto hasta el nombre de Sociedad. Pero la marcha majestuosa de la nueva hace entender que si las anteriores no reconocían otro principio que el entusiasmo, la presente es hija de la reflexión madura y del discernimiento. Los objetos y los medios de ésta y de aquéllas son enteramente diversos; lo son hasta los concurrentes: de éstos pende que en tan críticas circunstancias no se haga una declinación peligrosa. Los socios encargados de formar el reglamento nos hacen concebir seguras esperanzas de que todo lo prevendrán para que tal no suceda (IV, 36, 30-12-1815: 441).⁹

La *Gaceta* anunció que las sesiones de la Sociedad tendrían lugar en la sala principal del Consulado, que había cedido el espacio a pedido de la misma Sociedad. Una vez concluido, el reglamento se anunciaría «por los papeles públicos» (IV, 36, 30-12-1815: 441).

Los datos sobre la marcha posterior del proyecto de Valdés son escasos y presentan una evolución que va desde el entusiasmo inicial al pesimismo. En enero

⁹ Posteriormente, el editor de la *Gaceta* hizo público el agradecimiento que el padre Castañeda le había hecho llegar por haber reconocido su labor en la crónica de la apertura, y aprovechó la oportunidad para expresar «lo repito, el reverendo padre Castañeda y el ciudadano don Antonio Valdés siendo los primeros en poner los medios de realizar el proyecto se han hecho por este título acreedores a la pública gratitud: *laudo vos...*» (IV, 38, 13-01-1816: 454).

de 1816, Senillosa sumó su apoyo al proyecto e informó a los lectores de *Los amigos de la patria y de la juventud* sobre el acto de establecimiento de la Sociedad que había tenido lugar en diciembre, y supuso que «debe tener ya su primera sesión en el presente mes». Al expresar «que esta Sociedad se establezca, que prospere y se reproduzca eternizando la fama de sus benéficas obras eran y han sido hasta ahora mis votos y son la expresión de mi sincero afecto», elogió el plan diseñado por Valdés para el gobierno de la Sociedad y destacó la atinencia de la idea de este último de sugerir al Director Supremo del Estado como su presidente nato y crear simultáneamente la figura del director de la Sociedad (3, 15-01-1816: 44-46).

Valdés volvió a elogiar en febrero de 1816 el empeño del padre Castañeda por mejorar la educación y la beneficencia públicas y el estímulo que el religioso daba «a la Sociedad filantrópica como promotora de tantos bienes» (*La Prensa Argentina*, 23, 20-02-1816: 133).¹⁰ En ocasión de la crónica de los exámenes públicos que habían realizado los alumnos del preceptor Rufino Sánchez, Valdés comentó en abril «que estando concluido el estatuto de la Sociedad filantrópico-literaria, no sería inoportuno que el señor Director la plantificase de una vez», porque si bien «es verdad que los tiempos en que desgraciadamente vivimos favorecen poco a esta clase de establecimientos», no podía descuidarse la educación. Para fundamentar su aserción, estimaba que

[...] si alguna cosa honrará para siempre la memoria de Napoleón en el concepto de los hombres de juicio, es el empeño con que protegió las artes y la educación del pueblo francés durante su estrepitoso dominio. Yo vi con sorpresa, y también notaron con la misma sorpresa todos los extranjeros que visitaron la Francia después de la paz de 1814, el adelanto que en todos los ramos de pública utilidad se tocaba. [...] En España sucedía durante el gobierno liberal que al mismo tiempo que el congreso daba prontas y enérgicas disposiciones de guerra, discurría los medios de cimentar un plan de educación nacional, y removía los obstáculos que de cualquier modo entorpeciesen la educación y fomento. España habría sido sin duda la nación primera de la Europa, si no se suceden los eventos a que dio lugar la ambición desenfrenada de Napoleón [...]. Las naciones que fijaban su atención sobre España penetraban el arranque que llevaba; descubrían su trascendencia, y yo no sé si esa idea inquietaba su ambición (*El Censor*, 32, 4-04-1816: 6695).¹¹

¹⁰ Valdés incluyó, aunque sin ninguna otra consideración, una crónica de los exámenes de los alumnos de Sánchez en *La Prensa Argentina* (28, 26-03-1816: 164).

¹¹ Cabe mencionar que, según explica Noemí Goldman, «para 1816, Valdés compartió junto a un sector importante de la élite letrada y política de Buenos Aires, una solución monárquica tendiente a garantizar la independencia recién proclamada de las provincias del Río de la Plata, frente al regreso al trono español de Fernando VII, la formación de la Santa Alianza en Europa y el avance de la influencia de José Gervasio Artigas en las provincias del interior» (2006: 246).

Como Valdés mismo percibía, el momento no era el preciso, y los ejemplos citados no debieron causar la mejor de las impresiones en las autoridades. El hecho de que rescatara el ejemplo español en materia educativa debió haber exacerbado los ánimos de muchos, especialmente cuando por entonces el discurso antiespañol había recrudecido en la prensa rioplatense (Díaz de Zappia, 2016: 117-141). De cualquier manera, decidió insistir en que «nuestros ruinosos defectos no proceden de otro principio que de la falta» de educación y subrayó que la Sociedad que promovía tenía dicha temática como su objeto principal:

La Sociedad filantrópico-literaria acercará a su seno muchos sujetos útiles, y los pondrá en el caso de descubrir y ejercitar sus facultades. El estatuto ha resultado, a mi ver, muy preferente a los de las sociedades matritense, vascongada y habanera. Sus ramos están mejor ordenados y especificados, y establece una escuela central que debe dar a la educación del país un impulso progresivo (*El Censor*, 32, 4-04-1816: 6696).

La siguiente referencia al avance del establecimiento de la Sociedad apareció recién en junio siguiente. El 6 de ese mes, Valdés publicó en *El Censor* la carta que le había enviado un individuo que firmó —al gusto de entonces—¹² como «B. de M.», iniciales que Cutolo atribuye al canónigo Bartolomé de Muñoz (1961: 441; Díaz de Zappia, 2021: 58). El remitente de la carta preguntó «en qué estado se halla el estatuto que debía formar una comisión nombrada del modo más solemne, para la Sociedad filantrópica», manifestando saber «muy bien» que Valdés no le contestaría «como algunos: *para filantropías estamos*, burlándose hasta de la voz». Según Muñoz, éstos últimos «son enemigos directos de la patria, y obcecados huyen del remedio, cuando más se necesita: unos porque maliciosamente no quieren que mejoremos, y otros porque se apartan de la luz que puede hacerles variar de opinión: *nolunt intelligere ut bene agant*». La misiva publicada expresaba la convicción de que «la ciencia es la razón, y el que mejor razona, será más sabio. El malo siempre resiste a la razón, y entra en sus cálculos que ésta jamás se forme», y así «cuidan los déspotas de mantener en la ignorancia a los que quieren esclavizar impunemente», pues «una sociedad de hombres sin educación [...] es un agregado tumultuario de bestias». En función de ello, Muñoz entendía que

[...] discutidos en nuestra Sociedad filantrópica con una sincera dialéctica, irán desapareciendo los abusos que en todos ramos nos destruyen sin sentir. Allí veremos que en una sociedad justa y racional no halla lugar la feroz bestialidad del despotismo, ni la esclavitud inhumana del vasallaje, que destruye la igualdad que da la naturaleza y corro-

¹² Al respecto, Pablo F. Martínez afirma que «por diversos motivos, la extensa práctica del anónimo, los juegos con la seudonimia, los seudónimos anagramáticos y los criptónimos fueron la regla hasta bien entrado el siglo XIX» (2012: 179).

hora la sabia legislación. Allí aprenderemos que toda autoridad ha sido establecida sólo para el bien de los pueblos, y para proteger al pobre contra las tropelías y usurpaciones de los poderosos, defendiendo la inocencia contra la calumnia. Allí conoceremos que ningún hombre tiene derecho de mandar a otro hombre, sino como padre: que nadie tiene obligación de obedecer a otro sino como hijo. Esta es la única superioridad que da la naturaleza: así el que manda será amado, obedecido y respetado, pero jamás vilmente temido.

En su párrafo final, Muñoz confesó haber «dejado correr la pluma, embelesado con la idea que me presenta mi imaginación de los bienes de tal Sociedad», siendo su carta «solo un recuerdo del deseo con que anhela por el bien general» (*El Censor*, 41, 6-06-1816: 6763-6764).

La última referencia por ahora conocida a la Sociedad apareció en septiembre de 1816, cuando Valdés dedicó un artículo en *El Censor* sobre «Instrucción pública» a ponderar las ventajas que ofrecían las academias en materia educativa, y los adelantos que en ese sentido se habían conseguido en Buenos Aires con las de jurisprudencia, dibujo y matemáticas —entre otras— establecidas en la ciudad. Al final del artículo, expresó:

A mí me duele insistir en el establecimiento de la Sociedad *filantrópico-literaria*, sobre que tanto he inculcado y tan decididas ventajas hubiera producido por la reunión de luces y su incomparable escuela central. Sólo el excelentísimo señor Director actual pudiera con su influencia plantificarla a poco esfuerzo, y la posteridad le bendeciría. El asunto estaba como concluido, los que se preparaban a organizarla eran muchos, y las personas más respetables. El estatuto llegó a finalizarse, y todo quedó en suspenso (54, 5-09-1816: 6858).¹³

Aunque manifestaba alguna esperanza en que el Director Supremo Pueyrredón pudiera destrabar la situación, Valdés parecía resignado a aceptar el fracaso de la iniciativa, que entendía deberse a una falta general de consenso:

Sucede desgraciadamente que cuando los hombres no se acuerdan en alguna opinión, rompen abiertamente, y convierten la buena armonía en odio declarado, sacrificando a un insensato orgullo los objetos más preciosos a la sociedad. Pero esto no sucede con la misma exandecencia en todos los países. Donde la cultura ha limado más, hay sentimientos de mayor elasticidad: el hombre se avergüenza de ser víctima de su presunción. El filósofo ilustrado, aunque mire la verdad en sus opiniones, sabe disimular y respetar las ajenas. Jamás pretende pasar por oráculo, porque está persuadido que del

¹³ Álvarez Thomas renunció el 16 de abril de 1816; en su lugar fue designado el brigadier Antonio González Balcarce, quien permaneció en el cargo hasta el 3 de mayo, cuando el Congreso de Tucumán designó a Juan Martín de Pueyrredón nuevo Director Supremo (Floria; García Belsunce, I, 1992: 379 y 387).

choque recíproco resulta depurada la verdad. Los celos, la roña, las miras ambiciosas, el espíritu de discordia son pasiones indicantes de un alma baja, y téngase por desgraciado el que las posea. Los que tienen la suerte deliciosa de componer la república literaria, deben tener por base fundamental la buena armonía: deben mirar a las abejas, que cada una conduce sinceramente a la colmena el suco que ha recogido de las plantas más salutíferas (*El Censor*, 54, 5-09-1816: 6858).¹⁴

Con la partida de Valdés al Viejo continente en febrero de 1817, el proyecto quedó sin su *alma mater* y caducó definitivamente. Un paralelismo entre las respectivas trayectorias de las iniciativas de Cabello y Mesa y Valdés muestra que la historia parecía repetirse. Aunque no hay todavía acuerdo entre los historiadores sobre si la Sociedad del primero llegó a funcionar o no (Martini, 1998b: 300-302), en ambos casos el alejamiento del promotor significó el fin de la institución o, al estilo del siglo XVIII, del proyecto.¹⁵

Consideraciones finales

Mucho se ha hablado de la cuestión de la presencia de las formas hispánicas en el período independiente de las naciones hispanoamericanas, y todo detalle de la producción historiográfica en ese sentido excedería los límites del presente trabajo. En el universo de esa producción científica, interesa especialmente destacar las investigaciones orientadas a la elaboración de un marco teórico que contribuyan a sistematizar dicha presencia. Al respecto, resulta sumamente útil la propuesta de Ezequiel Abásolo, según la cual la aparición de las formas hispánicas durante el período nacional o independiente podría clasificarse en tres categorías: *continuidad*, *incrustación* y *pervivencia*. Por *continuidad* entiende «una prolongación más o menos estéril, carente de pretensiones de legitimidad, y generalmente rechazada desde el discurso formal y consciente sostenidos por los más lúcidos operadores del derecho», una suerte de continuación «mortecina» de las formas pretéritas,

¹⁴ Es probable que la referencia a la laboriosidad de las abejas haya sido tomada de las fábulas de Iriarte («La abeja y los zánganos», Iriarte, 1869, fábula IV: 11-12) y especialmente de Félix de Samaniego. En la dedicatoria que éste último hizo a Javier María de Munibe e Idiáquez, conde de Peñaflores, director perpetuo de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, y que precede a la fábula I del libro segundo, expresó: «Con darte todo al bien de los humanos/ no contento tu celo,/ supo unir a los nobles ciudadanos/ para felicidad del patrio suelo./ La Hormiga codiciosa/ trabaja en sociedad fructuosamente,/ y la Abeja oficiosa/ labra siempre, ayudada de su gente./ Así unes a los hombres laboriosos/ para hacer sus trabajos más fructuosos.» (Samaniego, 2001: 51). Como se vio, Valdés conocía —quizás debido a su actividad como educador— las fábulas de Iriarte, y seguramente las de Samaniego, incluidas ambas en el elenco de obras destinadas a la educación (Ruiz Barrionuevo, 2013: 137). A su vez, es conocida la vinculación de Samaniego con la Real Sociedad Vascongada (Palacios Fernández, 1998: 95), cuyo funcionamiento y actividad también Valdés declaró conocer.

¹⁵ Sobre el proyectismo como género, véase el todavía vigente trabajo de Muñoz Pérez, 1955: 169-196.

conservada «antes por hábito que por convicción, expresión de rutinas, e incluso de la misma incuria, ante la imposibilidad o dificultad por sustituir el legado proveniente del pasado». Asimismo, define *incrustación* como «la presencia aislada y descontextuada de los elementos indianos, sea como un oportuno recurso legitimador, o como mero expediente de elegancia erudita». Con respecto a la *pervivencia*, explica que «no es ni continuidad, ni mera incrustación», sino que «consiste en una prolongación activa y en ocasiones, creativa, de las antiguas modalidades articulantes de las experiencias jurídicas —sobre todo en el plano de su concepción y organización—, en un contexto de creciente hostigamiento provocado por otra cultura jurídica en ascenso» (2014: 11-12). A la luz de dichos conceptos, y aun cuando no llegó a ponerse en práctica, el proyecto de Valdés podría ubicarse en la última de dichas categorías, en tanto supone un producto a su juicio superador de los estatutos de otras Sociedades como la matritense y la vascongada. Además, y si se permite cierto artificio retórico, se observa una pervivencia del fracaso en tanto compartió la misma suerte que la de su antecesora porteña.

El análisis comparativo del proyecto de Valdés y de los estatutos elaborados por Cabello y Mesa para su Sociedad permite ir más allá en la reflexión teórica, dado que podrían establecerse subcategorías de pervivencia: de nomenclatura, de contenidos, de formatos y de objetivos. Y es en este nivel de análisis donde se perciben las diferencias. En cuanto a la nomenclatura, si se comparan las denominaciones de Real Sociedad Universal de la Argentina de Cabello y Mesa y la de Sociedad Filantrópico-Literaria de Amigos del País de Valdés, surge la contradicción entre la eliminación lógica del adjetivo «real» en la de Valdés y el agregado de la expresión «amigos del país», en clara alusión al bagaje histórico de sus homólogas peninsulares y americanas, aun cuando se sabe que las primeras se encontraban ya en un proceso de decadencia (Demerson y Demerson, 1978). Al respecto, Narvaja de Arnoux expresa que «en una etapa de grandes conmociones y en la cual no está definido todavía el destino de los países hispanoamericanos ni los Estados nacionales conformados o las instancias de poder consolidadas, el acto de denominación si bien es necesario para anclar las representaciones y saberes sobre la lengua tiene las huellas diversas de la coyuntura» (2011: 198), circunstancia que podría ser tanto de índole personal con el fin de dotar de prestigio al proyecto entroncándolo con los éxitos que habían conseguido otras Sociedades, como también política, eliminando el entonces peligroso adjetivo que hubiera automáticamente asociado a su autor con el bando «realista». Si se analiza la pervivencia de los contenidos, ambos proyectos coinciden en incluir cuestiones propias del gobierno administrativo de la Sociedad —calidad de los socios, autoridades, creación de premios y fomento de escuelas— aunque también aquí hay sutiles diferencias —consideraciones so-

bre sueldos y especificaciones sobre la contribución anual de los socios—. Si se considera la pervivencia de formatos, la diferencia entre ambos es palpable pues mientras Cabello y Mesa revistió —fiel a su estilo— a su Sociedad de toda la pompa posible, Valdés machacó —en consonancia con el discurso sobre la igualdad— sobre la ausencia de «etiqueta y pompa» que caracterizaría a la suya. Si se considera la pervivencia de objetivos, el de Valdés resultó más «preciso»: en el abanico de los enunciados por Cabello y Mesa la educación sería un ramo más de sus competencias, mientras que aunque en el de Valdés se retoman, se deja en claro que el aspecto educativo sería el «objetivo privilegiado», continuando la idea tradicional ilustrada de la confianza en las posibilidades de la educación para la difusión de las luces (Sánchez Blanco, 2018: 542).

El trasfondo común detrás de todas estas subcategorías parece ser la influencia del bagaje intelectual que Valdés trajo consigo de su actuación en Cuba, experiencia que se extendió desde el campo educativo al periodístico, pasando por una relación de variable intensidad con la Sociedad de Amantes de La Habana. Además de haber declarado conocer los estatutos de las Sociedades matritense y vascongada, Valdés poseía un manejo detallado tanto de los estatutos de la habanera como de la actividad desplegada por los individuos que la condujeron.

Con respecto a la suerte del proyecto, el contexto político rioplatense no era propicio para revitalizar las Sociedades de amigos del país: en una época en que todo lo que aludiera al «antiguo sistema» provocaba inmediatas reacciones negativas, el proyecto de Valdés no pasó del borrador. Frente a ello, el único motor del proyecto era el empeño del propio Valdés y la difusión que del mismo podía hacer a través de la prensa. Sin embargo, con su alejamiento en comisión diplomática en Europa, el proyecto quedó abandonado.

Bibliografía

- Abásolo, Ezequiel (2014), *Bastante más que «degradantes andrajos de nuestra pasada esclavitud». Fragmentos sudamericanos de la pervivencia de la cultura jurídica indiana durante el siglo XIX*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho.
- Águila Mexicana. [México], 1826.
- Amigos de la patria y de la juventud*, Los [Buenos Aires], 1815-1816.
- Anales y memorias de la Real Junta de Fomento y de la Real Sociedad Económica* (1860), serie 4ª, t. V, Habana, Imprenta del Tiempo.
- Andrews, Catherine (2012), «El proyecto constitucional de Antonio J. Valdés, 1822», *Estudios Jaliscienses. Revista trimestral de El Colegio de Jalisco*, n.º 87, págs. 55-71, <http://www.estudiosjaliscienses.com/2012/02/01/num-87/>.

- Archivo General de la Nación (1929), *Acuerdos del extinguido cabildo de Buenos Aires*, serie IV, t. VI, Buenos Aires, Kraft.
- Archivo General de la Nación (1930), *Acuerdos del extinguido cabildo de Buenos Aires*, serie IV, t. VII, Buenos Aires, Kraft.
- Arias de Saavedra Alías, Inmaculada (2012), «Las Sociedades Económicas de Amigos del País: Proyecto y realidad en la España de la Ilustración», *Obradoiro de Historia Moderna*, n.º 21, págs. 219-245, <https://doi.org/10.15304/ohm.21.689>
- Auza, Néstor T. (2001), «Estudio preliminar» en Castañeda, Francisco de Paula, *Doña María Retazos*, Buenos Aires, Taurus, págs. 9-39.
- Censor*, El [Buenos Aires], 1815-1819, en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la Historia Argentina* (1960), t. VIII, Buenos Aires, Senado de la Nación.
- Comisión de Bernardino Rivadavia ante España y otras potencias de Europa (1814-1820)* (1933-1936), Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2 vols.
- Cutolo, Vicente Osvaldo (1961), «Diccionario de Alfónimos y seudónimos de la Argentina (1800-1930)», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XXXII, págs. 417-563.
- (1985), *Nuevo diccionario biográfico argentino*, t. VII, Buenos Aires, Editorial Elche.
- Demerson, Jorge; Demerson, Paula de (1978), *La decadencia de las Reales Sociedades de Amigos del País*, Oviedo, Cátedra Feijoo/Universidad de Oviedo (Anejos 1 del Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII), <https://doi.org/10.17811/cesxviii.1.1978>.
- Díaz de Zappia, Sandra L. (2016), «A visão de Fernando VII e o passado espanhol entre a emancipação e a independência (1810-1816)», *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, vol. 53, págs. 117-141, <https://www.degruyter.com/view/journals/jbla/53/1/jbla.53.issue-1.xml>.
- (2021), *Los archivos rioplatenses y su organización: imagen y realidad*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII/Ediciones Trea (ACESXVIII, 8), <https://doi.org/10.17811/cesxviii.8.2021>.
- Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* [Madrid], 1789.
- Floria, Carlos Alberto; García Belsunce, César A. (1992), *Historia de los argentinos*, t. I, Buenos Aires, Larousse.
- Gaceta de Buenos Aires* [Buenos Aires], 1810-1821.
- Gay-Calbó, Enrique (1941), «Los redactores del “Papel Periódico”», en *El sesquicentenario del Papel Periódico de La Habana 1790-24 de octubre-1940*, La Habana, Municipio de La Habana, págs. 50-54.
- Goldman, Noemí (2002), «El hombre de La Habana. Antonio José Valdés y los discursos del constitucionalismo rioplatense», en Terán, Marta (coord.), *Las guerras de independencia en la América española*, México DF, El Colegio de Michoacán, págs. 165-182.
- (2006), «Tradiciones discursivas y noción de “gobierno mixto” en el Río de la Plata en los inicios de su vida independiente», en Ciapuscio, Guiomar; Jungbluth, Konstanze; Kaiser, Dorothee; Lopes, Célia (eds.), *Sincronía y diacronía de tradiciones discursivas en Latinoamérica*, Madrid/ Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, págs. 241-252, https://publications.iai.spk-berlin.de/servlets/MCRFileNodeServlet/Document_derivate_00001281/BIA_107_241_252.pdf.

- González-Ripoll, Loles (2013), «Libertad de imprenta y reputaciones públicas en Cuba a través del periódico La Lancha (1813-1814)», *La Habana Elegante. Segunda época. Revista semestral de literatura y cultura cubana, caribeña, latinoamericana, y de estética*, n.º 54, http://www.habanaelegante.com/Fall_Winter_2013/Dossier_Antillano_GonzalezRipoll.html#nota24.
- Hernández González, Manuel (2012), «Liberalismo, masonería y nacionalismo en la América de la emancipación: el cubano Antonio José Valdés (1780-1833)», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 29 mars 2012, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.62828>.
- Iriarte, Tomás de (1869), *Fábulas literarias*, Nueva York, Librería de D. Appleton y Cía.
- Llaverías, Joaquín (1923), «Contribución a la historia de la prensa periódica», *Boletín del Archivo Nacional* [Cuba], a. XXII, n.º 1-6, págs. 6-84.
- Maggio-Ramírez, Matías (2020), «La circulación de saberes y el problema de la autoría en la prensa virreinal. Un análisis del Correo de Comercio, 1810-1811», *Información, Cultura y Sociedad*, n.º 42, págs. 11-34, <https://doi.org/10.34096/ics.i42.7666>.
- Martínez, Pablo F. (2012), «Autores y publicistas entre la colonia y la Revolución de Mayo», en Alabart, Mónica; Fernández, María Alejandra; Pérez, Mariana A. (comps.), *Buenos Aires, una sociedad que se transforma. Entre la colonia y la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Prometeo, págs. 173-207.
- Martini, Mónica P. (1998), *Francisco Antonio Cabello y Mesa, un publicista ilustrado de dos mundos (1786-1824)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones sobre Identidad Cultural-Universidad del Salvador.
- (1998b), «Estatutos de la Sociedad Patriótica de Buenos Aires propuesta por Cabello y Mesa (1801-1802)», *Revista de Historia del Derecho*, n.º 26, págs. 297-320.
- Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana, año de 1793* (1793), Habana, Imprenta de la Capitanía General, <https://repositorio.bde.es/handle/123456789/3120>.
- Muñoz Pérez, José (1955), «Los proyectos sobre España e Indias en el siglo XVIII. El proyectismo como género», *Revista de estudios políticos*, n.º 81, págs. 169-196, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2128832>.
- Narvaja de Arnoux, Elvira (2011), «Pensamiento gramatical y periodismo: las “notas” de dos letrados hispanoamericanos en la primera década revolucionaria en Buenos Aires», *Letras, Santa María*, vol. 21, n.º 42, págs. 189-216.
- Observaciones acerca de algunos asuntos útiles* [Buenos Aires], 1815.
- Palacios Fernández, Emilio (1998), «Las fábulas de Félix María de Samaniego: fabulario, bestiario, fisiognomía y lección moral», *Revista de Literatura*, t. LX, n.º 119, págs. 79-100, https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-fbulas-de-flix-mara-de-samaniego---fabulario-bestiario-fisiognoma-y-leccin-moral-o/html/ffcc7f3a-82b1-11df-acc7-002185ce6064_8.html.
- Prensa Argentina, La* [Buenos Aires], 1815-1816.
- Quinziano, Franco (1999), «Fin de siglo en La Habana: lujo, apariencias y ostentación en el *Papel Periódico de la Havana* (1790-1805)», en *Atti del XVIII Convegno* [Associazione

- Ispanisti Italiani*] Siena, 5-7 marzo 1998, vol. I, Siena, Bulzoni Editore, págs. 421-432, https://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/pdf/11/11_419.pdf.
- Registro oficial de la República Argentina que comprende los documentos expedidos desde 1810 hasta 1873 (1879), t. I, Buenos Aires, «La República».
- Roig de Leuchsenring, Emilio (1941), «El sesquicentenario del primer periódico literario de Cuba: El “Papel Periódico de la Havana”», en *El sesquicentenario del Papel Periódico de La Havana 1790-24 de octubre-1940*, La Habana, Municipio de La Habana, págs. 7-28.
- Rovirosa, Dolores (1980), *Antonio J. Valdés, historiador cubano*, Miami, Ediciones Universal.
- Ruiz Barrionuevo, Carmen (2013), «Educación, libros y lectura en el siglo XVIII hispanoamericano», *América sin nombre*, n.º 18, págs. 136-148, <https://doi.org/10.14198/AMESN2013.18.12>.
- Samaniego, Félix María de (2001), *Obras completas. Poesía. Teatro. Ensayos*, ed. Emilio Palacios Fernández, Madrid, Fundación José Antonio de Castro.
- Sánchez-Blanco, Francisco (2018), «La educación del ciudadano en el contexto ilustrado: el eco de Holbach en España», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n.º 24, págs. 541-556, http://dx.doi.org/10.25267/Cuad_illus_romant.2018.i24.24.
- Shafer, Robert Jones (1958), *The Economic Societies in the Spanish World, 1763-1821*, Syracuse, Syracuse University Press.
- Spell, J. R. (1934), «A Tentative Bibliography of Spanish Translations of the Works of J. J. Rousseau», *Hispanic Review*, vol. 2, n.º 2, págs. 134-152, <https://www.jstor.org/stable/470206>.
- Trelles, Carlos M. (1911), *Bibliografía cubana del siglo XIX*, tomo primero (1800-1825), Matanzas, Imprenta de Quirós y Estrada.
- Valdés, Antonio J. (1813), *Historia de la isla de Cuba, y en especial de La Habana*, vol. I, Habana, Oficina de La Cena.